

Carta del Prelado (marzo de 2016)

Además de hacer mención a las diversas fiestas litúrgicas de marzo, el Prelado habla en su carta de mes de la capacidad que tenemos los cristianos de difundir paz.

02/03/2016

Queridísimos: ¡que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos!

Hace pocos días, administré el sacramento del diaconado a seis hermanos vuestros, Agregados de la

Prelatura, que más adelante recibirán el presbiterado. Uníos a mi acción de gracias por este don del Cielo, y pidamos a Dios que no falten —en la Iglesia y en la Obra— ministros fieles, que se ocupen única y exclusivamente del bien de las almas. Aprovechemos este Año de la misericordia para intensificar nuestras súplicas por la Iglesia y el mundo, muy unidos al Papa.

«La misericordia de Dios transforma el corazón del hombre, haciéndole experimentar un amor fiel, y lo hace a su vez capaz de misericordia. Es siempre un milagro el que la misericordia divina se irradie en la vida de cada uno de nosotros, impulsándonos a amar al prójimo y animándonos a vivir lo que la tradición de la Iglesia llama las obras de misericordia»[1].

En el transcurso de estos meses, examinemos cómo nuestro amor a

Dios nos lleva a preocuparnos de los demás, de su bien espiritual y material. Las obras de caridad manifiestan la verdad del amor a Dios, como explica san Juan: *si alguno dice: "Amo a Dios", y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve. Y hemos recibido de Él este mandamiento: quien ama a Dios, que ame también a su hermano*[2].

El próximo 11 de marzo, aniversario del nacimiento de don Álvaro, recordaremos con alegría a este siervo bueno y fiel del Señor. Si la Iglesia lo declaró bienaventurado y lo elevó a los altares, es porque encarnó —con una fidelidad enteriza— el espíritu del Opus Dei que había aprendido de san Josemaría. Don Álvaro nunca pretendió brillar con luz propia, ni ponerse a la altura de nuestro Padre: ¡cuántas veces manifestó, con su profunda y sincera

humildad, que no era más que su sombra, un instrumento del que nuestro Fundador se servía —porque así lo quiso Dios— para seguir dirigiendo la Obra desde el Cielo!

Un detalle nos ayuda a entender esta honda disposición de don Álvaro. Cuando, al llegar con san Josemaría a una tertulia, alguien se ponía a su lado para acompañarle, su reacción inmediata era decirle: ¡con el Padre, con el Padre! Ésta fue siempre su actitud: encaminar a sus hermanas y a sus hermanos —luego, a sus hijas y a sus hijos— hacia nuestro Fundador, que es el *conducto reglamentario* — así se expresaba— para conocer, encarnar y vivir el espíritu del Opus Dei. Nunca quiso que le equipararan a nuestro Padre, porque era consciente de que el Señor había dispuesto todo para que san Josemaría fuese la primera y única figura que encarnase de modo pleno el espíritu de la Obra.

De la humildad práctica de nuestro Padre, que fue constantemente una clara enseñanza para nosotros y, lógicamente, para don Álvaro también, deseo referir un pequeño detalle: con motivo de una de las aprobaciones pontificias de la Obra, escuchó nuestro Fundador la noticia que transmitía la radio vaticana. Cuando el locutor comenzó a hablar de su persona, fue llamativo como san Josemaría se iba encogiendo sobre sí mismo, como abochornado: era la expresión gráfica de lo que decía de sí mismo con palabras de la liturgia, tomadas de uno de los himnos que se recitan en una fiesta eucarística: *servus pauper et humilis*[3], yo no soy más que un siervo pobre y humilde.

Os hablaba de practicar la caridad con el prójimo, y deseo fijarme en algunas obras espirituales de misericordia. En el juicio divino se nos interrogará acerca de cómo nos

hemos preocupado por aliviar las necesidades materiales del prójimo; pero también tendremos que responder a otras preguntas: «Si ayudamos a superar la duda, que lleva a caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas (...); si fuimos capaces de estar cercanos a quien se hallaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia, siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración a nuestros hermanos y hermanas»[4].

En este elenco de obras espirituales de misericordia, que enumera el Papa, podemos descubrir —como denominador común— el afán de

sembrar paz en los corazones.
Recuerdo una ocasión en la que preguntaron a san Josemaría sobre el sentido del saludo que los primeros cristianos usaban entre sí, y que también seguimos en la Obra. Y ésta fue su respuesta: ***Pax! No lo decimos a voz en grito, pero procuramos llevar con nosotros la paz, dondequiera que estemos. De modo que cuando las olas se encrespan, echamos encima de las pasiones nuestras y de las de los demás un poquito de comprensión, un poquito de convivencia; un poco de amor, en una palabra. Llevamos la paz y dejamos la paz.***

Pax vobis! ¿Os acordáis? Clausis ianuis(Jn20, 26), estaban cerradas todas las puertas, y Él se mete. Y les dice: la paz sea con vosotros. Es eso: también en la tierra a veces nos encontramos todas las puertas cerradas. Pero no sólo no hemos de perder la paz, sino que

hemos de darla a los demás: pax vobis[5].

Y añadía: ***ante las incomprensiones, ante las calumnias organizadas, ante las mentiras y las difamaciones..., conservad siempre una paz inalterable. Querría que os lo enseñara Jesucristo. Yo tuve por maestros, primero el calor cristiano del hogar de mis padres; y después —no me da vergüenza decirlo, porque esto no es soberbia—, al Espíritu Santo***[6].

Bien aprendió su primer sucesor esta lección, y por eso se esmeraba en atender las necesidades materiales y espirituales de quienes encontraba en su camino. Muchos recordamos la bondad con que acogía a cuantos le confiaban sus preocupaciones, la paz con que esas personas regresaban a su quehacer habitual, después de una entrevista, quizá breve.

Verdaderamente, supo sembrar paz y alegría a su alrededor, haciendo notar que procuraba transmitir lo que oyó a nuestro Padre; innumerables testimonios lo confirman.

San Josemaría se refería a sus hijas e hijos precisamente con estas palabras: ***sembradores de paz y de alegría***; las mismas utilizadas por un antiguo documento de la Santa Sede hablando de los miembros del Opus Dei. A todos los que desean beneficiarse de este espíritu —sean o no fieles de la Obra—, les aconsejo que se esfuercen para remediar las necesidades espirituales de las personas con las que se relacionan habitualmente, o por un motivo circunstancial. Sed acogedores; mostraos en todo momento disponibles para escuchar sus preocupaciones, ofreciéndoles el consejo oportuno si lo piden; consolad a los que sufren a causa de

la enfermedad propia o ajena, por el fallecimiento de un ser querido, o por otros motivos, como la falta de trabajo en las actuales circunstancias de crisis económica en muchos países. En ocasiones, no será posible sugerirles una solución, pero nunca ha de faltar nuestra actitud amable, y la oración y la solidaridad, compartiendo con ellos penas y dificultades.

Escribe san Pablo: *bendito sea el Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que también nosotros seamos capaces de consolar a los que se encuentran en cualquier tribulación, mediante el consuelo con que nosotros mismos somos consolados por Dios*[7].

Afirmaba san Josemaría que, ***cariño, lo necesitan todas las personas, y lo necesitamos también en la***

Obra. Esforzaos para que, sin sensiblería, aumente el cariño hacia vuestros hermanos.

Preocupaos de que tengan la vida de Dios, procurad siempre que cuenten con vuestra ayuda, con vuestro cariño, con vuestra corrección fraterna[8]. Así hemos de comportarnos con todos, pero de modo especial —porque la caridad es ordenada— con quienes son hijos de Dios en el Opus Dei o con los que toman parte en nuestros apostolados, y a la vez con todas las personas, pues cada una y cada uno nos interesan.

El beato Álvaro, siguiendo las enseñanzas de san Josemaría, comentaba que, para ser *sembradores de paz y de alegría* por todos los caminos de la tierra, «debéis hacer un gran acopio de paz en vuestro corazón. Así, de vuestra abundancia, podréis dar a los demás hombres, comenzando por los que se

encuentran más cerca de vosotros: vuestros parientes, vuestros amigos, vuestros compañeros, vuestros conocidos»[9].

En la segunda parte de este mes, la liturgia nos invita a alegrarnos con diversas fiestas. En orden cronológico, la primera es el 19 de marzo, solemnidad de san José, patrono de la Iglesia y de la Obra, fecha en la que renovamos el compromiso de amor que nos une al Señor en el Opus Dei. Es una jornada estupenda para pedir que aumenten, en número y calidad, las vocaciones de entrega a Dios en el sacerdocio, en la vida religiosa y en medio del mundo.

Inmediatamente, el 20 de marzo, comienza la Semana Santa, que culminará el día 27 con el Domingo de Resurrección. Tratemos de vivir con renovado empeño los últimos

días de Cuaresma; así participaremos más a fondo en el júbilo pascual.

El 28 de marzo, es el aniversario de la ordenación sacerdotal de san Josemaría, que este año coincide con el lunes de Pascua: un motivo más de gozo y de agradecimiento a Dios, por haber dado a la Iglesia un santo de la categoría de nuestro Fundador, que ha abierto a innumerables hombres y mujeres, con su correspondencia fidelísima, ***los caminos divinos de la tierra***. Y el último día del mes recordaremos la fecha en que, por vez primera, la Sagrada Eucaristía quedó reservada en un Centro de la Obra. Fue en la Residencia de Ferraz, en 1935. Desde entonces, ¡cuántas gracias ha derramado el Señor sobre el Opus Dei y sus labores apostólicas! Agradezcamos, hijas e hijos míos, esta cercanía de Jesús, cuidando con esmero la piedad eucarística.

Sigamos rezando por el Papa, por sus colaboradores en el gobierno de la Iglesia, por los obispos y sacerdotes del mundo entero; para que, con un solo corazón y una sola alma[10], pongan todas sus energías al servicio de todo el mundo, para la gloria de Dios.

Con todo cariño, os bendice

vuestro Padre

+ Javier

Roma, 1 de marzo de 2016.

.....

[1] Papa Francisco, Mensaje para la Cuaresma de 2016, 4-X-2015.

[2] 1 Jn 4, 20-21.

[3] Liturgia de las Horas, Oficio de lecturas en la solemnidad del Corpus Christi, Himno *Sacris solemniis*,

compuesto por santo Tomás de Aquino.

[4] Papa Francisco, Bula *Misericordiæ vultus*, 11-IV-2015, n. 15.

[5] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 1-I-1971.

[6] *Ibid.*

[7] 2 *Cor* 1, 3-4.

[8] San Josemaría, Notas de una reunión familiar, 6-X-1968.

[9] Beato Álvaro, Homilía, 30-III-1985 ("Rezar con Álvaro del Portillo", Ed. Cobel, 2014, p. 44).

[10] Cfr. *Hch* 4, 32.

dev.opusdei.org/es-gt/article/carta-del-prelado-marzo-de-2016/ (06/08/2025)